

El Monte Baldío

EN una noche oscura, en el viejo torreón del castillo del rey Eudérico, un mago daba vueltas con su huesuda mano sobre los azulados vapores que ascendían de un caldero.

—Mago, ¿cuál es la respuesta? —preguntó ansioso el rey.

—Espera sólo un poco más. Todavía no se ve claro.

—Pero ¿estás seguro de que el caldero no se equivocará? Mucho está en juego.

—Confía, Majestad. El caldero nunca se equivoca.

—¡Mira, empieza a disolverse la bruma!

El rey se precipitó para ver la superficie del misterioso líquido. Una imagen empezó a formarse en su centro, más y más nítida. El rey y el mago Aerl vieron a una mujer de pelo castaño y ojos azules, ni joven ni vieja, ni alta ni baja, ni flaca ni gorda, ni guapa ni fea, montada al revés en una escoba, volando hacia atrás. Se agarraba fuertemente para no caerse, mientras una lechuga gris de asombrados ojos color miel revoloteaba a su alrededor.

—¿Quién será? ¿Por qué aparece ahora? Tenemos que encontrar a un héroe capaz de ayudarnos. ¡Esta mujer no puede ser! —exclamó sorprendido el rey.

—Majestad, el caldero jamás se equivoca. Quizá no lo entendamos ahora, pero es la persona que tenemos que encontrar para salvar nuestro reino y a la princesa.

—Aerl, viejo amigo, ¿puedes desvelarnos su nombre?

El mago agitó el líquido del caldero pa-